

escrito a máquina

NO NOS ESCAPEMOS POR LA TANGENTE



La campaña de "tira y afloja" contra la Iglesia —de ataques un día y de rectificaciones el siguiente— ha sido orquestada para desviar-nos hacia una polémica nacional en la cual parezca que lo que está a discusión y en entredicho es la conducta de la Iglesia y no la conducta del Estado en lo referente a los **Derechos Humanos**. Estábamos reclamando unas garantías ciudadanas no sólo constitucionales sino de derecho natural, estábamos **demandando** que la democracia salte del papel a la realidad política; estábamos **exigiendo** un régimen de derecho —si es verdad que pertenecemos al llamado "mundo libre"—, y ahora resulta que lo que está a discusión no es el Poder y sus abusos sino el Evangelio y su doctrina.

Pues bien, aceptemos el campo a donde teólogos de mano blanca nos han llevado, para regresar desde él al punto de partida. Cristo tiene una frase fuerte, irónica y también fundamental, sobre el Poder político. Dice en Lucas 22,25: "Los que gobiernan las naciones las oprimen". Y agrega con ironía: "Y los que tienen poder, encima se hacen llamar bienhechores". González Faus comentando este pasaje, dice: "Lo más duro de estas frases es la absoluta generalización con que están dichas: **TODOS**: sin distinción entre poderes del pueblo o poderes bendecidos por obispos. Todo poder corrompe; y si es absoluto corrompe absolutamente."

¿Cuál es la deducción lógica y humanista de esa frase (¡tan sabia y tan llena de historia!) de Cristo sobre el Poder? Es muy simple: Hay que controlarlo, que es tanto como decir, hay que reducirlo, dosificarlo. ¿Cuál es el medio? —La historia nos lo enseña: para que el Poder sea humano debe, en primer lugar existir una separación (real) de poderes; en segundo lugar, debe haber una participación (efectiva) del pueblo en el poder y, en tercer lugar, debe mantenerse (intocable) una libertad de crítica frente al poder.

Para que el hombre tenga fuerzas ante el Poder para hacer respetar sus derechos, el presupuesto mínimo político es ese trípode de contrapoderes: separación, participación y libertad de crítica.

En uno de los muchos

editoriales que no han tenido la ventura de ver la luz —(parece que la política de apagones de la Enaluf rige también para el pensamiento)— escribí un párrafo que me parece oportuno reproducir:

Los derechos políticos, son también "Derechos Humanos".

El hombre no es un ser solitario, sino un ser político: los derechos inalienables que tiene como persona, abarcan a esa persona en toda la esfera de su realización: como individuo, como miembro de una familia y como parte de una comunidad nacional.

Más todavía: un pueblo sin derechos políticos no puede vigilar ni defender sus derechos humanos. El atropello a la persona privada no se puede conocer o denunciar si a esa misma persona no le asisten los derechos políticos de asociarse o de expresarse libremente o de ser amparado por la ley.

La forma de promover el respeto a los derechos humanos no puede, por tanto, consistir en pedirle a los atropellados que giman o griten alto los atropellos para que tribunales exteriores, o lejanos organismos humanitarios, se conmuevan y levanten un acta de denuncia. Por un caso que se puede comprobar, por un caso que puede atravesar la cortina de temor y conmover la conciencia internacional, quedan centenares ocultos en la rutina de la fuerza sin ley. Una nación no es un foso donde de vez en cuando se asomen almas de buena voluntad para constatar si en la oscuridad del fondo se remueve alguna víctima. Todo pueblo civilizado tiene o debe tener estructuras jurídicas y medios legales para vigilar por sí mismo, para denunciar por sí mismo, para controlar y para participar en todos los actos de la autoridad y de sus poderes. Si faltan, no hay necesidad de esperar el grito del torturado. Todo poder sin control es tiránico. Por eso —en su avance hacia la libertad a través de la historia— el hombre llegó a la Democracia, que, más que un sistema de gobierno, es un sistema de controlar a los gobiernos.

Y el problema de Nicaragua es ese y no otro. Que el Poder se someta a un control que se llama Democracia, para que el hombre recobre los derechos que necesita para llamarse humano.

PABLO ANTONIO CUADRA.